

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.

Redaccion y talleres: S. Lorenzo, 18

LUNES 25 DE NOVIEMBRE DE 1901

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

EQUIPOS PARA NOVIAS RUIZ DE VELASCO

Montera, 7, Madrid

Casa especial en toda clase de ropa blanca. Modelos de la más alta novedad en camisas de día y de noche *suit de Lit* y enaguas de vestir.
Especialidad en juegos de cama y mantelerías con incrustaciones, bordados y encajes.
Colchas de muselina de la India confeccionadas con cintas, entredoses y calados estilo modernísimo.
Todas las ropas se cosen y bordan á mano.

Precios fijos

SE ENVIAN CATÁLOGOS

Antaño y ogaño

Es perfectamente perceptible el desfase que á la masa popular inspiran casi todos los hombres consagrados á la política y de tal fenómeno á nadie debe culparse cómo no sea á los propios políticos, cuya imperceptible labor daña las más de las veces al pueblo, á quien debiera aprovechar grandemente un empeño decidido, constante, poderoso...

El contraste entre antaño y ogaño es doloroso. Las luchas políticas, antiguamente, eran más empujadas, más encarnizadas, pero nacían de las convicciones, de la lucha por el ideal y en ellas el jefe era quien conducía las huestes al combate, defendiendo la idea de la que él era mantenedor principalísimo. Hoy lo hemos arreglado de otro modo y aunque las luchas subsisten, resultan bajas, mezquinas, repugnantes, porque sólo se combate por el medro y no por el ideal; porque hoy se lucha por darles vida á los egoísmos de un personaje, que se erige en jefe y sin tener convicciones, principios y programa claro y terminante, tiene, sin embargo, un partido y con él pelea para conquistar el suculento disfrute de los gozos del Presupuesto.

En Madrid, principal anfiteatro de las luchas por el poder, combaten los leones; se muerden, se desgarran; caen heridos, al parecer de muerte, y se levantan con más coraje para volver á la lucha: en provincias, pelean los gusanos ¡Así anda ello!

Antaño, en las más terribles luchas, palpitaba algo grande, hermoso, que las dignificaba; ogaño, en el fondo de toda pasión política se descubren mezquindades, pequenezes, que las hacen aborrecibles.

Antaño, se luchaba con empuje, pero con franqueza; se hería al enemigo en el corazón, ogaño se lidia con tibieza mas con hipocresía, se hiere al contrario por la espalda. Antaño, hubo batallas campales; ogaño hay escaramuzas; antes se utilizó la espada, arma de los caballeros; ahora se usa el puñal, arma de los asesinos; antes, no se olvidaban las ofensas; los hijos vengaban las injurias á los padres; hoy, los enemigos se abrazan y olvidan... A lo presente, decir política es como decir caciquismo, rueda catalina de la maquinaria del Estado, base del edificio español y alma del cuerpo desme-

drado de nuestra política. Todo lo corroe esa especie de orin de los órganos del Estado: á todas partes llega el poder del caciquismo; todo lo invade, todo lo desvirtúa, todo lo falsea. Se arrastra á los pies del pueblo y culebreando por el templo de la justicia, pasa á los ministerios y llega culebreando hasta al trono...

El caciquismo nombra concejales, elige diputados, á cuya sombra los males crecen y crecen en proporciones aterradoras; y así vivimos. El Ayuntamiento es nidal de parásitos; el Congreso, en su mayoría, asilo de inútiles, de fracasados, de yernos, de protectores de las grandes empresas... Arrullados por sus discursos interminables, caminamos á la ruina sin abrir los ojos.

¿Cuándo nos libraremos de los males que nos afligen? La respuesta es desconsoladora; antaño, en las grandes crisis, el pueblo cauterizaba sus llagas; ogaño, las muestra con el triste orgullo de probar que sabe sufrirlas; antaño, había dignidad; ogaño, hay caciques.

CARTAS Á HIPÓLITO

(Conclusión)

Te declaro ingenuamente, que nunca sentí más comoción de dedicarme á la desordenada factura de tales versitos difíciles de componer, modelos de flexibilidad, armonía y cadencia en la expresión; bien sentidos y pensados.

¿Tendrían la pretensión estos desordenados vatecillos, de fundar una nueva y gigante escuela de poesía?

¡Quién sabe! ¡Si se juzga por el infinito número de seguidores que trabajan sin descanso en tan ripiosa, vana y ridícula labor!

Mas no asexeremos tales juicios. ¡Pobres letras castellanas si venciesen ese cúmulo de presuntuosos y equivocados aspirantes!

¿Ves? ¿No te lo dije, amigo Hipólito? El campo de la poesía está demasiado lleno de máquinas de cultivo; retirémonos al de la prosa, que aunque es menos hermoso y floreciente, triunfan en él los que estudian con amor y juicio claro; si bien, á decir verdad, tú y yo tenemos por muy sabida, casi olvidada, aquella doctísima frase que asevera: «El poeta nace y no se hace». La segunda frasecilla del pensamiento dicho, es aplicable á estos modernos poetas de cartón ó de papel. Quieren entrarse de lleno en la poesía contemporánea, y se estrellan en la forma y en el fondo.

Y ahora alcemos la voz lo suficiente, para decir á las claras lo que no debe quedarse en el tintero, y es bien que lo escuchen Tirios y Troyanos.

El arte de la poesía, aunque exige como necesaria condición, ser espontáneo, naturalísimo en su forma, y grave, melancólico, didáctico, moral ó de profundo sentimiento en su espíritu (ó sea en su fondo), no admite esa desordenada y ridícula labor en que pretenden encajarla á viva fuerza, tantos y tantos

vatecillos que cosechan lauros y lauros á granel.

¿Por qué no beberán en el hermosísimo arte llano?

Y al asestarle esta pregunta, ya estoy adivinando tu respuesta, amigo Hipólito.

¿Le conocen ni aspiran á conocerle en el fecundo desenvolvimiento literario español?

¡Ea verdad, amigo mío! Para hacer rengloncitos de diez, once, seis, siete, ó más sílabas, sin orden ni concierto, no es preciso conocer el arte llano; el natural, el único, el invariable; ese divino espíritu que flota y que en su difícil sencillez encanta á los dichosos que lo sienten; arte que palpita en el eterno fondo de las cosas, el que se aplicó y se aplicará la palabra de arte nueva, porque lleva consigo algo sobrenatural del propio ser que le ha infundido vida, y que siempre trasciende á deleitoso y fragantísimo aroma de flores ideales.

Cuidado mucho, amigo Hipólito; sufre con paciencia mis epístolas en premio á que ellas declaren la verdad, y no te olvides de tu buen amigo, que todo lo espera de tu discreción en la materia y de tu afecto para con él,

Nuevo Figaro

RAPIDA

En París se muere de hambre una compañía disuelta de cómicos. ¿Y hoy quien se asuste? No. La cosa no es para tanto. Lo contrario de lo que le sucede á los extranjeros que vienen á España, que son mimados y vuelven á su país alegres y satisfechos. Esto es lo que hemos venido á ver ante las demás naciones; ya con lo que se le hizo al duque de Veragua en su viaje á París, nos debió desengañar de una vez. Pero ya se ve, en España todo pisa, y como pasa nadie se acuerda de ello. Empezando por que los modernos consules para nada se acuerdan de sus súbditos, de los desgraciados compatriotas que se ven en la miseria; no teniendo en cuenta que esas gentes abandonadas hoy son los que con su pico de contribución pagan el lujo de ese consul que los abandona en la desgracia. ¡Qué espectáculo más sublime! Eros españoles vagando sin amparo por los escogidos pasajes de los alegres franceses y el representante de España, de viaje, sin proteger á esos hermanos. Pero para seguir lamentándonos: esos hermanos hambrientos que pasan por París son la representación verdadera de lo que es España á principio del siglo XX. Y vamos viviendo.

Nuestra palomita

Aprovechando la festividad del día, fuíme ayer á Cartago, pues Murcia me parece un cementerio al no hallarse en ella mi entrañable amigo Cascaruja; y por cierto que el viaje resultó entretenido.

Después de darme un paseito y ponerme al tanto de lo que en ellos ocurre, que es mucho y será objeto de otras chácharas, decidí reposar un ratito en la Aduna, donde me contaron más cuentos que hay en Las mil y una noches. Veán Vds. lo que me dijo uno de los señores, á quienes allí he visto.

—¿Cuánto me gusta verte por aquí, palomita! Ya me habían dicho que se te había comido con arroz el Papa Negro.

—Buen estómago tiene, mas no para tanto. Puede comerse hasta una lámina... de oro, pero la palomita es dura de pelar y podría indignarse.

—Pues me alegro de verte por aquí. ¿Sabes lo que le ocurre al Lobo? ¡Le enteraste de lo que le ha pasado al Maestro de los pasteles?

—¿Se han muerto? ¡Qué alegría!

—No, no tanto; aunque lo que les ocurre es malísimo.

—¿Carape! Cuenta, cuenta...

—Figúrate que ambos apreciables compañeros, se dedicaban á cargar toneladas, entonando á dúo aquello de: «Ha venido un barco lleno de escarola, viene preguntando por la señorita Lola...»

—¿Y qué? ¿Les han dado patente de cargadores?

—¡Qué! Por no tener patente ni na-

da, me los lían en un interminable papaleo y les clavaban...

—¿Qué? ¿Un estoque?

—Sí, les han dado un golletazo. Los condenan á aflojar la guita, ó sea dos milloncitos de reales, expidiéndole el cartel correspondiente de buenos chicos.

—Pues si te contase lo que ocurre en una casa hospitalaria, asilo de los accidentados, en Port...

—¿Qué Port...? A que me resultas un sportmán de las frases partidas por el ojo?

—A ellos si los partirán por el ojo. Y si no, al tiempo.

Salíme de allí y como al lado hay un edificio de obras, no sé si de puertas ó de puertos, me zampé en él, y me invitaron á visitarle.

Como buena paloma soy curiosa, y por ello me asomé á una caja. ¡Qué de dinero! ¡Cuántas cantidades! Estas se reservan, se me dijo, para si llegase el día de realizar la reversion... de la tortilla, como quien dice. Y quien dice tortilla, dice otras cosas.

Como este es asunto muy importante y propio para otra visita, prometí volver á la semana próxima y marché á casa del Papa Negro.

No pude hablarle. Como el buen hombre le tiene tanto amor al Casaca no le suelta á este los faldones de la idem y se está con él toda la semana, confiando en que deja al Chato de centinela. Cuando este reúne bastante y útil cargamento, viene el hombre, se carga de lastro y vuelve á ver los osos y madroños de la gran villa. Si no pierden la ruta, ya tienen viajecitos para mucho tiempo, porque la razón social es poderosa.

—¿Habrá algún Gitano en ella?— dije para mí.—No es de dudar, porque para eso el Poncio cierra los ojos y no vé nada, absolutamente nada.

En estas ó semejantes razones entretenido, bajaba yo por las escaleras de la casa del Papa Negro, cuando ví que por ellas subía un sujeto que ocultaba un rollo de papeles, que me olió á presupuesto.

—¿Por qué ocultas—le dije,—esos papeles? ¿Es que quieres que no me entere del lío que se trama?

—¿Qué lío?

—El de elevar al Papa Negro á la categoría de Inspector de ferrocarriles, con treinta mil hermosos reales de sueldo. ¿No era éste de los que se dedican á hacer escritos, á levantar actas y guardar secretos?

—Sí, pero como los viajes ilustran mucho, se decide á viajar con sueldo.

—¡Esto no es de creer! La visita ad lamina, ó limina, como sea, no es propia de los Papas, sino de los obispos.

Pasé luego por la mesa del café de España, donde se reúne el «Congresillo». Encontré á uno de sus miembros y le dije: ¿No pedías que metiese las tijeras en la ropa sucia de Cartago? Pues ya lo hago, y vosotros que tanto prometisteis hablar ¡mutis! ¡Valientes chambones resultáis, hijos míos!

Volé hacia esta Murcia de mis pecados y todo lo encontré como lo dejara: el Poncio metido en aceite hasta el cogote, ¡y ahogándose! A última hora nos resultará un producto alimenticio en conserva.

EL MONTE DE PIEDAD Y CAJA DE AHORROS EN SANTANDER

A los pocos meses de estar encargado del gobierno civil de Santander, en 1898 tuve una de las mayores satisfacciones de mi vida viendo en la mañana del 6 de Noviembre en mi despacho á los Sres. D. Valentin González Cós, don José Saez Oyarbide, y que como albaeas universales y ejecutores testamentarios del difunto D. Modesto Tapia y Caballero iban á entregarme para fines benéficos la suma de 45.000 pesetas, pudiendo obrar en su aplicación con la más absoluta libertad.

Podí la intervención de un notario pues deseaba que desde el primer momento todos los actos estuvieran revestidos de las mayores garantías de formalidad y aun cuando los señores citados se negaban á mis deseos haciendo vivas protestas de que les merecía absoluta confianza, mi propósito irrevocable de levantar acta notarial se vió cumplido á los pocos minutos,

La extendió el notario D. Higinio Camino de la Rosa y en ella se hizo constar que los albaceas del Sr. Tapia entendían que yo interpretaba acertadamente los deseos de este, destinando el todo ó parte de la suma que se me entregaba á fundar una Caja de Ahorros y Monte de Piedad.

Entusiasta y convenido propagandista de estas instituciones, había pensado varias veces en buscar el concurso de las personas acaudaladas y caritativas de Santander para acometer empresa tan humanitaria y al ver que una circunstancia verdaderamente providencial ponía en mis manos suma tan respetable, no vacilé ni un momento respecto á la aplicación que había de darle.

En limosnas para los centros benéficos se repartieron 10.000 pesetas y el resto sirvió de base para la creación del Monte de Piedad y Caja de Ahorros que tan próspera vida llevan hoy en la hermosa ciudad montañesa.

El día 23 de Enero de 1898 se celebró en el Gobierno civil una reunión á la que convocados por mí asistieron D. Alejandro Gil de Revollo, en representación del Sr. Obispo; D. Crispulo Ordóñez, Presidente de la Diputación; D. Fernando de Meana, Presidente accidental de la Audiencia; D. José Barrasa, Comandante de Marina; don Dimas Martínez, Coronel jefe de la zona militar; D. Ricardo Orga, Alcalde accidental; D. Antonio Fernández Baladrón, Presidente de la Cámara de Comercio; D. José Suárez Quiros, Decano del Colegio de Abogados; D. José Orodea é Ibarra, Director del Instituto; D. Ramón Vega Villa, Vicepresidente de la Junta provincial de Beneficencia; D. Vicente Aparicio, Vicepresidente de la Junta de Obras del Puerto; don Antonio Peira, Secretario de la Diputación; D. Matías de Torres, Director de la Sucursal del Banco de España; don Rafael Botín Aguirre, Gerente del Banco de Santander; D. Carlos Jabo, de la Liga de Contribuyentes, y don José Corpas Martínez, en representación de «El Boletín del Comercio», decano de la prensa local.

Después de oír los motivos que me decidían á destinar las 35.000 pesetas que restaban del legado del Sr. Tapia á la fundación de una Caja de Ahorros y Monte de Piedad y de solicitar el consejo y valioso concurso de los que asistían á la reunión hubo una verdadera explosión de entusiasmo, dispensando todos á mi iniciativa acogida tan cariñosa que no quedaba la menor duda de que estaba afianzado el éxito de la naciente institución benéfica.

Quiso la suerte que fuera al Gobierno civil de Santander persona tan culta y de sentimientos tan humanitarios como D. Carlos González Rolhosh, y si para mí fué grato ver realizada la obra que inicié en condiciones mucho mejores que lo imaginado para las clases desvalidas de Santander, los laudables esfuerzos del señor González Rolhosh constituirán siempre un fuerte lazo de cariño y gratitud que uniré á los nobles montañeses con su bienhechor.

En Octubre de 1899 recibí en Madrid la siguiente carta:

Sr. D. Francisco Rivas Moreno:

May señor mío y de mi consideración: El día 5 del próximo Noviembre se inaugurará el Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Alfonso XIII, cuya existencia es debida, en primer término á la iniciativa de V., que cuando se encontraba al frente de esta provincia, supo dar al legado Tapia tan acertado destino.

Continuada con empeño esta filantrópica obra y considerablemente aumentada por el patriotismo de los montañeses, el capital de 35.000 pesetas con que V. afrontó la creación del Establecimiento, se halla ésta hoy en condiciones de tener vida próspera para poder desarrollar más ampliamente las benéficas operaciones, objeto y fin de la institución, en favor de las clases menesterosas.

El Consejo de Administración no encontraría su satisfacción colmada en la apertura del Establecimiento, sin la presencia de V. en este solemne acto.

En su nombre, pues, y en el mío propio, tengo el honor de dirigir á V. esta invitación, significándole la complacencia con que será por todos acogida la presencia de su iniciador al inaugurarse esta Caja de Ahorros y Monte de Piedad,